

Caracola de mar y música

Escrito por Ramón Avello



El auditorio está pensando para música de cámara y sinfónica y conciertos multitudinarios

Su capacidad, para 980 personas, se multiplica hasta las 10.000 gracias a una pared móvil que abre el escenario por detrás a la plaza central

Desde fuera y por una de esas asociaciones inconscientes, el auditorio del Centro Niemeyer recuerda vagamente a un fósil con forma de caracola marina, redondeada y emblanquecida durante siglos por la acción del sol y del agua.

No sería extraño encontrar en la ribera de la ría de Avilés o en las 'bolas' o piedras de las playas vecinas formas similares.

En una concha, las líneas rectas son escasísimas y excepcionales, lo mismo que sucede con toda la arquitectura de Oscar Niemeyer. La línea ondulada está en la raíz de la arquitectura de Niemeyer no sólo por una cuestión estética, sino por un fundamento ético y vital según el cual la curva simbolizaría algo así como un abrazo entre personas. Pero además de esa evidencia de la curva, nos encontramos en la obra de Niemeyer con una relación entre arquitectura, escultura y naturaleza. Por ejemplo, el auditorio que proyectó en la villa italiana de Ravello, en la costa Amalfitana sobre el golfo de Salerno, evoca una gruta y la puerta del auditorio de Ibirapuera, en Sao Paulo, nos recuerda una lengua saliendo de la boca. Pues bien, el auditorio de Avilés es como el fósil de una concha marina encontrada junto a la ría.

El edificio está planteado para conciertos sinfónicos, música de cámara y, por la abertura hacia la plaza, conciertos masivos con música amplificada al aire libre. Al carecer de foso, la música escénica –ópera o zarzuela– no encontraría aquí el espacio adecuado, lo cual es un acierto, porque para ello en Avilés ya existe un coqueto teatro, el Palacio Valdés.

